



## DESCRIPCIONES DE LA CIUDAD DE LA RIOJA A TRAVÉS DEL TIEMPO <sup>\*i</sup>

Lic. Silvia Ferraris

### Resumen

La Rioja cuenta con 427 años de existencia.<sup>ii</sup> Es una de las 14 provincias fundacionales de Argentina. La primera descripción encontrada sobre la ciudad de La Rioja, o tal vez la primera expresión de deseo fue la carta de Juan Ramírez de Velasco enviada al rey en 1592 dando cuenta de su viaje a Famatina y en ella opina que su “Ciudad va en mucho acrecentamiento y entiendo ha de ser la mejor de las Indias, está a quince leguas de Famatina por el camino de la sierra y cuarenta por los llanos que descubrí este último. Dase buen trigo, maíz, cebada y según van mostrándose las plantas se darán todas las de Castilla”.

En este artículo se pretende reconstruir a partir de archivos y reflexión bibliográfica parte de ese rico pasado que la caracteriza. La propuesta es rescatar las crónicas que describen las transformaciones que la ciudad de La Rioja fue atravesando a lo largo de la historia, desde los Jesuitas hasta principios del siglo XX.

### Palabras claves

Historia, Ciudad de La Rioja, Crónicas.

---

<sup>i</sup> \* Publicado por Encuentro de La Rioja y el país. Edición N° 12, Editora del Noroeste, La Rioja, p. 6-13, mayo-junio 1987.

<sup>ii</sup> La cantidad de años mencionada como el resumen en general, fueron actualizados para esta edición.



## DESCRIPTIONS OF THE CITY OF LA RIOJA ACROSS THE TIME

### Abstract

La Rioja has existed for 427 years. It is one of the fourteen founding provinces of Argentina. The first description that has been found about the city of La Rioja, or maybe, the first expression of desire, was the letter that Juan Ramirez de Velasco sent to the king in 1592, in which he told him about his trip to Famatina. In the letter he says: “The city is growing a lot and I understand that it will be the best of the Indias, it is fifteen leagues away from Famatina through the road of the mountains and forty through the plains. It has good wheat, corn, barley and as it has been shown that all the plants from Castile will flourish” This paper aims to reconstruct, from files and literature review, part of that rich past which characterizes the city. The proposal is to rescue the chronicles which describe the transformations that the city of La Rioja has been through along its history, since the Jesuits time until the beginning of the 20<sup>th</sup> century.

### Key words

History, City of La Rioja, Chronicles.

Creemos que la primera descripción de la ciudad de La Rioja, o más bien una expresión de deseo, fue la carta de Juan Ramírez de Velasco enviada al rey en 1592 dando cuenta de su viaje a Famatina. Por aquella fecha Don Juan Ramírez de Velasco contemplaba con paternal regocijo el empuje fecundo de su muy amada ciudad de Todos los Santos. Algunas docenas de casas trabajadas con piedra y barro habíanse levantado dentro de la planta urbana; los montes y campos iban siendo desplazados paulatinamente con diferentes cultivos, especialmente “trigo, máys y ceuada”, amén de casi todas las plantas de castilla adaptadas maravillosamente a su suelo; tiernos viñedos y variados citrus prometían dulces y jugosos frutos. El sistema circulatorio de riego apenas



modificado en distribución, aseguraba permanentemente la cristalina linfa de La Quebrada y en los rústicos corrales retozaban alegres, esbeltos guanacos y mansas ovejas. “Incipientes industrias de tejido, cestería y madera iban poco a poco cubriendo las elementales necesidades del núcleo poblador”.

En 1625 el sacerdote carmelita Fray Antonio Vázquez de Espinosa visita las ciudades del Tucumán y por supuesto La Rioja. De ella cuenta que “forma un triángulo con las de Santiago, Córdoba, en dirección sur está a 54 leguas de Córdoba. Está construida en un nivelado y plácido llano, con brillantes cielos, y un clima cálido. Esta ciudad tiene más de dos leguas de plantaciones de naranjos, tan buenos como los otros árboles españoles y nativos. Tan pronto uno entra en la ciudad, se ven los naranjos que como resultado del clima, siempre igual de la región, están siempre cubiertos y cargados de flores. Esta entrada de la Ciudad, desde la distancia de dos leguas, forma una alegre y encantadora vista, con los árboles cubiertos de fruta todo el año y la gran frescura y verdura: pero lo que ayuda a hacer del lugar semejante Paraíso Terrenal o pedazo de cielo, es la fragancia, dulzura y el perfume de los azahares: de ellos hacen en la ciudad cantidad de perfumes de azahar y otras exquisitas esencias.

La ciudad tendrá unos 250 residentes españoles: hay una iglesia parroquial y conventos franciscanos y dominicos: en el año 1623 los Jesuitas tenían intención de levantar uno. Hay muchos viñedos alrededor de la ciudad, y se hace mucho vino, que es su principal comercio. Para regar los viñedos y jardines tan bien como los campos de trigo, maíz, patatas, y otros tubérculos y cereales, un largo canal de irrigación provee a todo, sacado de un río que corre cerca de la ciudad: otros más pequeños parten de este para el servicio de la ciudad, que es un pedazo de Paraíso. En la ciudad y las villas indias de parroquias de su distrito hacen cantidad de vestidos de las grandes cosechas de algodón. En sus vecindades hay mucho ganado y criadero de mulas, y sus llanuras están llenas de ganado salvaje, como en todo el Reino”.



Esteban de Urizar y Arespachoga, gobernador del Tucumán desde 1707 hasta su muerte acaecida en 1724, informa al rey en una carta fechada en Salta el 22 de noviembre de 1708, sobre su visita a la ciudad de su gobernación. Describe el estado de la ciudad de la siguiente manera: “La ciudad de La Rioja tiene en su distrito sólo ciento cincuenta y nueve españoles de los que formé tres compañías. El modo de vivir de estos vecinos es el cultivo de viñas que son treinta y ocho y en ellas habitan de ordinario, y sólo vienen a oír misa o a otro negocio que se les ofrezca en la ciudad que las más veces queda con dos o tres vecinos. Tuvo en sus principios bastante conveniencia y población, pero hoy se halla con sólo seis casas cubiertas de teja y en todas las que componen esta ciudad son setenta y una y las demás despobladas, casi arruinadas. No tienen más comercio que el expendio de sus frutos y siendo de tan corta vecindad parece no haber necesidad de alcaldes ordinarios, bastante sólo el Teniente de la Administración de Justicia, y dos alcaldes de la Santa Hermandad para que corran la jurisdicción al remedio de lo que en ella pueda acaecer (el alcalde de aguas que es preciso para la mejor distribución de ellas a las haciendas)”.

En 1726, siendo gobernador del Tucumán don Baltasar de Abarca solicita a todas las ciudades de su gobernación, una contribución en hombres para el Presidio Balbuena para detener los continuos avances de los indígenas del Chaco. La Rioja debía contribuir con 50 soldados.

De un documento en que el Cabildo de La Rioja comunica al Teniente General, su imposibilidad de enviar lo solicitado, se puede observar el estado lamentable en que se encontraba la ciudad tanto desde el punto de vista edilicio como económico y social. La Rioja apenas tenía “diez y nueve casas y los conventos, como las podrá vuestra merced contar si fuere servido, y algunas de ellas vacías sin personas que las habiten, por verse precisados los pocos vecinos que han quedado a asistir a sus chacaras y por no tener personas que las mantengan más que sus propios dueños”. El lamento continúa: “... y muchos meses del año se



pasa sin alcanzar carne por no entrar de afuera, y si traen ganado son diez, o veinte vacas, que en un día se consumen, y la mayor parte, especialmente los pobres, no alcanzan parte alguna...”.

El atraso de la ciudad se debe en gran parte por “no tener otras fincas, ni otro trato, o conveniencia que la pudiera adelantar o mantener, que los frutos de unas viñas, que con la falta de gente de servicio no sólo se han perdido muchas del todo, sino que las pocas que han quedado apenas se costean por la cortedad de sus frutos y el continuo beneficio que necesitan todo el año, y que estos tienen tan poco valor que aún sacándolos fuera, a otras ciudades para buscar lo necesario, apenas sacan el costo”.

La incomunicación era otro de los problemas del retraso de la Ciudad “por haberse imposibilitado la carretería y estar cerrados los caminos”. Y la ciudad por estar tan “retirada de dicho camino se queda sin alcanzar vara de ropa ni otra de las muchas cosas necesarias que vienen de España...” Tres años después del exhorto del Cabildo de La Rioja el panorama decadente de la Ciudad no había cambiado en absoluto.

En 1729 con motivo de la visita del obispo Don Juan de Sarricolea a la Diócesis del Tucumán, informa al rey del Estado de todas las ciudades. De La Rioja dice que “conserva los vestigios de la que en la misma ruina de los edificios, habitando sus vecinos y pobladores en sus viñas que no están leguas sino cuabras distantes del lugar y por esta misma razón no reparan las cosas que tienen”.

Los hospitales de esta provincia son otra lástima, continúa diciendo el obispo, en “La Rioja se compró una casa en la plaza principal el año 704 para este efecto que tuvo alguno hasta el año 712 en que totalmente cesó, y hoy sólo existe una pieza corta y muy maltratada que sirve de pulpería, sirviendo en aquel corto tiempo de que tal cual pobre se acogiese allí sin que se les diese más que la comida cruda ni se les acudiese con asistencia ni curación en forma”.



Pensar que en el padrón de extranjeros del Tucumán de 1607 figuraba un portugués llamado Pedro González, de profesión cirujano que residía en La Rioja. De la Iglesia Matriz la impresión del obispo no fue diferente al resto de la ciudad. Si bien las matrices de las demás ciudades están en pie, y no indecentes, decía Sarricolea y “en La Rioja, donde supe la parroquial una corta hermita de San Nicolás obispo”.

Lozano, en su obra Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán, ubica y describe a la ciudad de La Rioja así: “La Ciudad de Todos los Santos de la Nueva Rioja, situada a espaldas de la serranía de Famatina en 310 grados de longitud y 30 cabales de latitud, tiene casas de los religiosos de Santo Domingo, San Francisco, La Merced y la Compañía, y fue tierra muy rica porque se dan en abundancia todos los frutos de Castilla, pero las competencias entre sus dos principales familias de Villafañes y Bazanes les consumieron inútilmente los caudales en litigios con que fatigaron los tribunales, y hoy no es sombra de lo que fue”.

En 1759 el gobernador del Tucumán don Joaquín de Espinosa y Dávalos ordena al Cabildo de la Ciudad de Todos los Santos de la Nueva Rioja haga una descripción de la situación de la Ciudad. A fines de 1760 la misma quedó concluida. Sin embargo la información no fue enviada o se perdió en el trayecto entre Salta y Lima. Al no obtenerse respuesta el procurador general de la ciudad Don Juan José Sedano de la Torre, solicita al Cabildo una copia de aquella descripción de 1760.

Edberto Oscar Acevedo en su artículo La Rioja hace dos siglos, analiza minuciosamente el documento del cual nosotros extraemos lo referente a la ubicación y descripción de la ciudad. La ciudad de La Rioja está situada en latitud de 30 grados y en longitud de 311 grados en una llanura “de mucha extensión a la parte del oriente”. La ciudad distaba 170 leguas de Salta, 100 de Tucumán, 106 de Córdoba, 100 de Santiago del Estero y 250 de Buenos Aires. A todos estos



lugares llevaban sus habitantes “sus cortos frutos y efectos, como son vinos, aguardientes, harinas, nueces, pasas de higos y de uvas y otras mieses y bastimentos”, para su venta, transportándolos generalmente en mulas. Había aproximadamente “treinta haciendas y cortas quintas de viñas, algunos algodinales y árboles de castilla” que circundaban la ciudad que en su mayoría estaban “grabadas con censos y capellanías de los conventos”, la cual unido a la escasez del agua, significaba que dueños fueran “muy pobres”.

Con respecto al agua, Acevedo expresa que “es gruesa” y llega de las inmediatas cordilleras, en forma de “un corto arroyo con el que se riegan y mantienen las haciendas y quintas de viñas con los demás sembradíos de los vecinos de esta ciudad”. Se repartían el agua con mensuras de marcos y medios marcos, de manera de obtenerla semana por medio. Además, del arroyo se secaban “tres marcos y medio de agua para el riego de hortalizas de la ciudad”. Distribuida así el agua correspondía cada ocho días, a los cuatro solares que conforman una cuadra.

La ciudad de La Rioja, se componía de unos 150 vecinos “entre nobles y plebeyos”. Abarcaba la ciudad un total de siete cuadras cuadradas, en donde en algunas de estas había varias “casas decentes”, pero “los más eran unos ranchos pobres de fábrica”, con techos hechos de heno y barro. Además había cinco iglesias, la matriz, Santo Domingo, San Francisco, La Merced y el Colegio de la Compañía de Jesús. Ninguno de estos edificios tenía torre. El que más “proporcionado” era el de los Jesuitas que tenía ranchería calle real de por medio. En 1757 se “colocó” la Iglesia Matriz y se cumplían 76 años desde que se comenzara; si contamos como fecha de finalización del informe, 1760. Se mantenía aquello sin retablo ni torre por la pobreza del lugar. El patrono de La Rioja, San Nicolás de Bari, había tenido una hermita la cual, por haberse arruinado, estaba siendo reconstruida. En 1782 Fray Felipe Cassales escribe sobre la ciudad de La Rioja lo siguiente:



“Esta ciudad se halla situada, entre el Norte y Sur mirando al poniente de la Capital de Córdoba, distante de ella ciento diez leguas poco más o menos. Su temperamento es ardiente y seco y escasísimo de lluvias, tiene siete cuadras principales de población de Oriente a Poniente y lo mismo de Sur a Norte. En su circuito o extramuros tienen sus vecinos sus haciendas de viñas limitadas, como una cuadra de tierras de frente, cuyos productos son vinos, aguardientes y poco de algodón, único comercio de esta ciudad. Mantiene esta Ciudad y sus haciendas un corto arroyo con título de río, el que se distribuye por marcos y medios marcos en días señalados... Las almas de confesión de uno y otro sexos llegarán a mil quinientas en según la matrícula”.

Tras la visita que realizó el marqués de Sobremonte a la ciudad de La Rioja en 1785, y cuyo informe eleva al Virrey del Perú marqués De Loreto, da cuenta de la impresión desfavorable que le causó la ciudad. De ella dice que era “un pueblo pobre y corto”, de la miserable “fábrica de las casas” y de los exiguos recursos municipales. Su clima era seco y cálido y las lluvias escasas e insuficiente de regadío. El agua se repartía por “marcos” a través de numerosas acequias que atravesaban las calles para regar las huertas, árboles y viñas.

La única descripción de La Rioja de la primera mitad del siglo XIX es la del inglés J. O. French que partió desde Buenos Aires a La Rioja en 1826 con el fin de dirigir unos trabajos mineros para la Compañía de Minas de Famatina. En sus notas French narra el viaje que siguió desde Córdoba hasta la ciudad de La Rioja, y luego a Famatina. Al acercarse a la ciudad, nota que “la llanura asciende apenas ligeramente de tanto en tanto, los bosques alternan con espacios abiertos...” Más adelante, al llegar al pueblo, el inglés “...ve de improviso entre tierras verdes y vastas, jardines, sembrados. Plantaciones de alfalfa, de trébol, de viñas, naranjos, citrus floreciendo lozanamente y cercados de setos vivos...”

El viajero describe que la ciudad de La Rioja “consiste en una plaza, de cuyas esquinas nacen calles, que como de costumbre, siguen la línea de un costado de

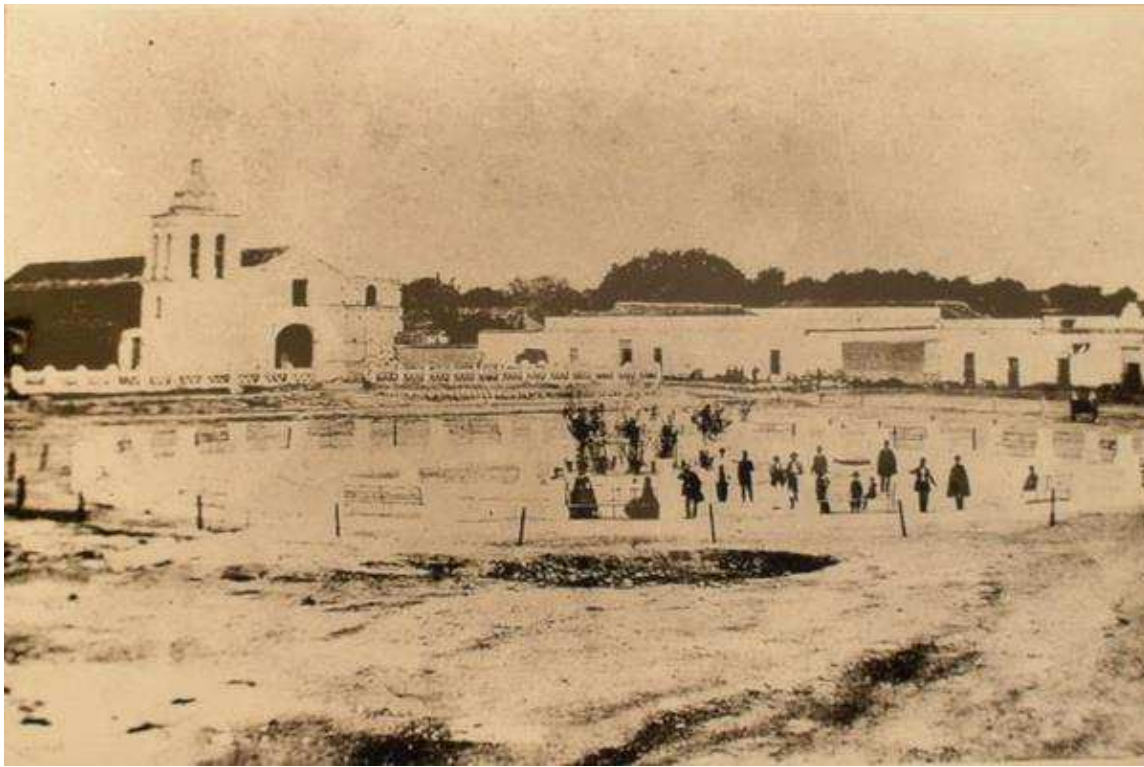




la plaza, se cortan en ángulos rectos con otras calles; el adobe es el material principal utilizado en la construcción. Este material, muy apropiado para el clima, sin embargo, está tan cargado con materia salina y nitrato, que salvo que se elimine la sal mediante el lavado de la tierra con que se construye, los cimientos del edificio, si la obra se realiza lenta, pueden desmoronarse antes de que se complete la súper estructura”.

“Muchas de las casas ocupan amplios lugares, incluyendo plantaciones de naranjos y jardines, existiendo un jardín muy lindo en los suburbios perteneciente a la familia San Román. El pueblo no posee edificio alguno de pretensiones, aunque las casas principales son considerables, algunas de ellas bien construidas. Todas están compuestas de planta baja, con ventanas sin vidrios”. La iglesia parroquial de San Nicolás que estaba en la plaza pública era “algo mejor que un granero”.

Para mediados del siglo XIX tenemos una completa descripción de la ciudad hecha por Salvador de la Colina, que él llama “aldea miserable”. “El costado naciente de la plaza estaba cercado de ramas, con excepción de la esquina noreste en que había una recova inconclusa de adobe crudo”. Se la llamaba esquina de los arcos, ocupada por vendedoras de pan y frutas y también empanadas. “La Iglesia Matriz con techo de teja y una de sus torres caída, ocupaba parte del costado sur. En la otra parte había una hilera de piezas destechadas pertenecientes a la familia Ocampo y después cerco”.



Daguerrotipo de Plaza 25 de Mayo, La Rioja, año aproximado 1860.<sup>iii</sup>

Al poniente estaba la casa de los Carreños que tenían un almacén. Hacia el norte había un edificio “que hasta hoy se conserva en el mismo estado, un caserón viejo y ruinoso que servía de cuartel y cárcel, y un sitio baldío en que más tarde edificó Carlota Ortiz”. En seguida venía una sala larga y chata con dos puertas pequeñas de una sola hoja. Una de las puertas daba a la plaza y la otra a un enorme patio, sin plantas y lleno de basura. En esa sala funcionaba la llamada Escuela de la Patria. “Los alumnos nos sentábamos en poyos de adobe revocados de argamasa, la mesa o escritorio del maestro era un pedazo de mostrador viejo y la pizarra mural un retazo de suela negra”. Terminaba la cuadra con la casa de doña Francisca Moreno.

---

<sup>iii</sup> Las fotografías que ilustran este artículo son aportes del sitio en facebook Fotos Antiguas de La Rioja: <https://www.facebook.com/FotosAntiguasdeLaRioja?fref=ts>



El costado norte de la plaza era el más importante. “Hacia cruz con la esquina de doña Francisca Moreno, el almacén de don José Manuel del Moral, el que seguía la casa de mi tía Pastora Gordillo de González”. Esta casa era muy antigua y tenía “una puerta de calle monumental, con marco tallado en que constaba la fecha de la construcción. La pieza que daba a la calle tenía una gran ventana volada con gruesos barrotes de fierro”.

Al lado de la casa de doña Pastora Gordillo de González estaba la de don Salvador Bustos, “el palacio del pueblo, con su techo de teja y su patio enladrillado. Rodeaban a éste gran número de habitaciones que caían a una ancha galería de pilares de madera labrada. El salón, amueblado con escaños, ocupaba todo un frente. Fuera de las piezas destinadas a la familia, había otras independientes con salida a la plaza, que se alquilaban”. Finalizaba la cuadra con la casa de don Domingo Antonio Villafañe, en la que haciendo cruz con los arcos, había un almacén.

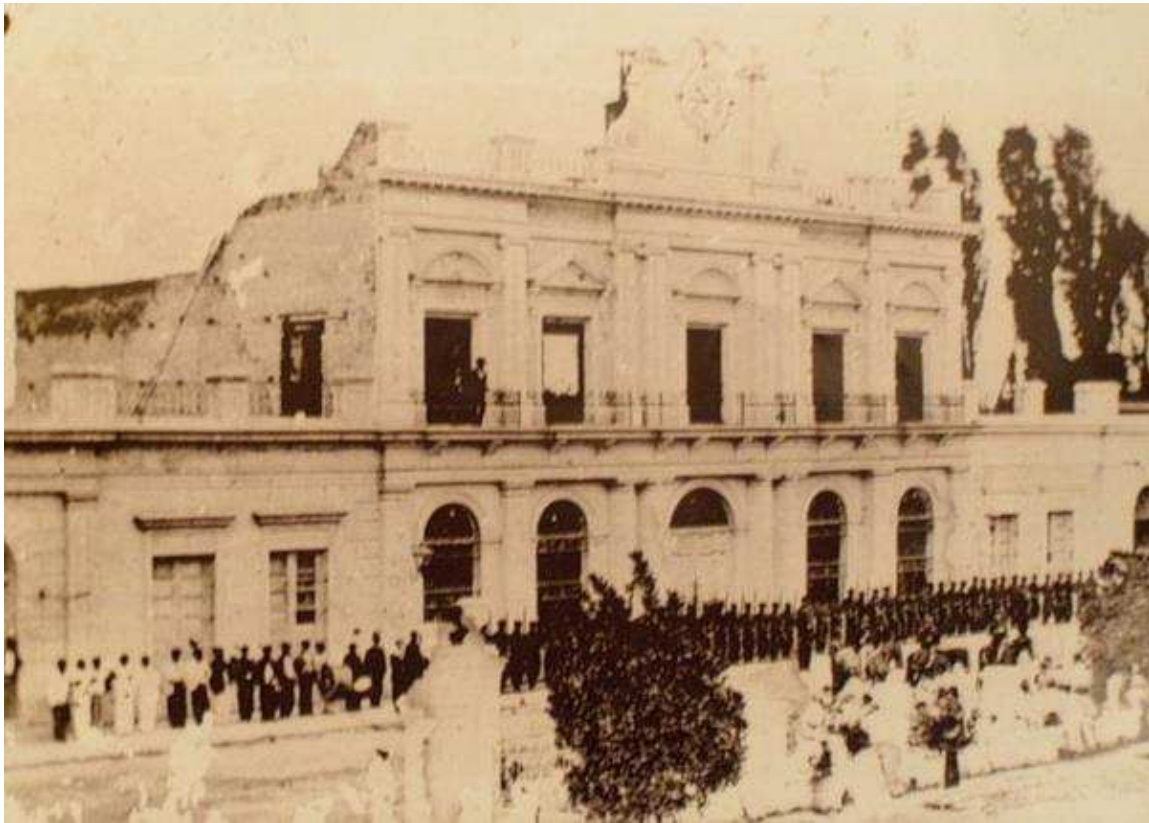
La edificación, las murallas y los techos eran de barro. Exceptuando algunos techos con tejas. “No había empedrado, y las calles estaban cubiertas de arena gruesa que las crecientes, al penetrar en ellas, acarreaban en tal abundancia que en muchas calles, la mía entre otras, las puertas se veían ya tapadas hasta la mitad”. “El alumbrado público consistía en los raros faroles forrados de gacetas, con un pucho de vela, que los vecinos colgaban cerca de los aleros para que no los robasen los escasos transeúntes”.

Cuenta también el autor que por 1870 volvieron a verse galeras en La Rioja. “Se construyó un camino carretero entre esa ciudad y la Córdoba y se estableció una línea de mensajerías que corrían cada ocho días. Era de ver el alboroto que causaba la entrada de la galera”.

“Se anunciaba con un clarín que empezaba a sonar desde que se aproximaba a los suburbios de la ciudad. Entraba a escape por la calle de la Matriz, dando el



mayoral con su corneta las notas más alegres y sonoras; llegaba a la plaza y pasando por la casa del gobernador, se dirigía a la agencia”.



Primera Casa de Gobierno, reconocida como Cabildo, construida en 1880 también se vio afectada por el terremoto de 1894.

En 1894, siendo gobernador de La Rioja el Dr. Guillermo San Román, ocurre el sismo que deja a la ciudad prácticamente en el suelo. Aceñolaza, en su artículo Terremoto en La Rioja, hace una pormenorizada descripción del estado en que quedó la ciudad, en donde una gran mayoría de casas habían quedado destruidas y casi todos los edificios públicos fueron afectados por este sismo.

“De las iglesias de La Rioja sólo la de Santo Domingo resistió el temblor sin que prácticamente se hubieran producido en ella averías de importancia, a excepción del campanario que se derrumbó en partes”. La Iglesia Mayor ubicada frente a la



plaza principal, “quedó parcialmente destruida y hubo que apuntalar sus paredes”. San Francisco ubicada a una cuadra al norte de la plaza principal, “que era de adobes y tenía un techo de paja a dos aguas”, quedó totalmente destruida.

La Iglesia de San Nicolás, que había sido demolida en 1872, se encontraba, cuando el terremoto, en un avanzado estado de reconstrucción. En realidad la destrucción de esta iglesia fue parcial y se la debió abandonar debido a una grieta en el suelo de unos 6 metros de longitud que atravesaba la nave habilitada y que hacía peligrar su estabilidad.

El Colegio de las Hermanas Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús, ubicada al este del templo de Santo Domingo, en la misma manzana, fue otro de los edificios que resultó prácticamente destruido.

La Casa de Gobierno que era un edificio de dos plantas con cinco grandes puertas al frente y un amplio balcón en el piso superior se derrumbó toda la parte alta produciéndose algunas grietas en el resto del edificio. La casa donde funcionaba la oficina del telégrafo como así también numerosos postes fueron afectados por el sismo.

En un telegrama enviada al Ministerio del Interior, el Gobierno de la Provincia de La Rioja da cuenta de los daños ocasionados por el terremoto. El mismo decía:

“Rioja, 28, 6, 10 p.m. – El día veinte y siete del corriente a las 4,25 p.m. tuvo lugar un fuerte sacudimiento de tierra arruinando a casi toda la ciudad. Numerosas casas han caído desplomadas totalmente y la casi totalidad no pueden ser habitadas con confianza. Los edificios públicos que han quedado inutilizados son los siguientes: Piso alto de la Casa de Gobierno, casa de los tribunales, colegios, normales de varones y niñas, colegio de las Hermanas del Corazón de Jesús, los templos de la Merced, San Nicolás y la Matriz.





Ruinas de la Iglesia Matriz o de San Nicolás, derrumbada por el terremoto ocurrido en La Rioja en 1894 (Aporte de Fredy Páez Lucero).

Las desgracias ocurridas son insignificantes. Hay cuatro muertos y siete heridos o contusos. Esto se explica por la hora que ha ocurrido la catástrofe y la circunstancia de que todas las casas tienen grandes patios y huertas donde ha podido salvarse la población. La ciudad presenta un aspecto verdaderamente desolador y un pánico espantoso domina los espíritus. Las plazas, calles y huertas alojan a numerosas personas. No se encuentra una calle que no esté obstruida por los escombros”.

De las primeras décadas del siglo XX tenemos la evocación de Nicolás Rivera: “La ciudad consistía en señoriales casonas con sus techos de tejas a mojinetes de gruesos muros de adobes con rejas de hierro las ventanas; de amplios zaguanes, de largos corredores, por cuyas paredes y pilares trepaban madreselvas, lilas, diamelas... y aquí y allá cajones, tarros y tiestos con claveles, albahacas, rosales y jazmineros. Luego, los frescos patios sombreados por limoneros y paraísos, por jacarandaes y magnolias; y un poco más allá, al fondo con el familiar parrón y la patriarcal higuera.



La falta de edificación unía a estas casas solariegas con largos tapiales sobre los que asomaban sus copas verdinegras robustos naranjos que en primavera cubrían de azahares, como nivea alfombra, las rojas aceras de ladrillos. Y qué diré de sus calles angostas pavimentadas con piedra bola, bordeadas de árboles frondosos, en cuyas esquinas nos reuníamos todas las noches los chicuelos del barrio a jugar a la luz de la luna y de los faroles coloniales, al gran bonete, la mancha, la escondida”.

Carlos Bernaldo de Quirós, en su libro *el Valle Inmóvil* editado en 1922, describe en forma muy amena y poética la ciudad de La Rioja, sus calles, paseos, edificios, barrios, etc., sin dejar de lado lo social y lo religioso. Para el autor uno de los paseos más importantes era el Boulevard Sarmiento que “va de norte a sur y es la arteria más interesante y amplia del oeste de la Ciudad; ancho y dividido en su parte central por una acequia, llamada Acequia del Medio, que arranca del canal principal que riega el barrio de Pango”.

Otros de los obligados paseos de la ciudad era la Plaza 25 de Mayo donde el costado este mejor iluminado con frente al Club Social, Casa de Gobierno y Jefatura de Policía. Al frente de la plaza sobre la calle “Mitre” estaba el biógrafo “Centenario”, local abierto y sin ningún confort. A la Plaza 25 de Mayo le seguía en importancia la 9 de Julio llamada también “Plaza Nueva” caracterizada por sus altas palmeras.

La planta urbana estaba compuesta de unas 60 cuadras, aproximadamente, de “piedra bola franqueadas de pequeñas canaletas o acequias que, con intervalo de días, en riguroso turno llevan sobre suave pendiente el agua de regadío por toda la ciudad”. Con excepción hecha del Boulevard Sarmiento y de una parte de las calles Mitre y Libertad (actual Joaquín V. González), “que tienen el pavimento a base de una composición de tierra y piedra pesada, convenientemente aplanada y resistente a la lluvia, las calles tienen una construcción vieja y mala”.



La similitud y la uniformidad de su edificación colonial era una de las características de la ciudad. La gran mayoría de los edificios “de construcción antigua, casas chatas, las quejosas puertas y ventanas, anchas y petizas, en su enorme mayoría sin vidrios; gruesas murallas de adobe y techos de tejas antiguas; de vez en cuando algunos pilares desnudos, rígidos, de una severidad señorial”.

Más adelante, Carlos Bernaldo de Quirós anota algunos de los edificios más importantes de la ciudad. Entre los establecimientos de enseñanza, “modelo de edificio moderno es el Colegio Nacional que ocupa un solar. El edificio está circundado por agradables jardines, repletos de bancos, destacándose los plátanos y jacarandáes que le dan generosa sombra y abrigo.

La Escuela Normal Mixta, que ocupa una manzana, rodeada de bonitos jardines. La escuela Castro Barros, Ortiz de Ocampo, la Mitre y Sarmiento y la Profesional de Mujeres. El Banco Nación Argentina, precioso edificio que se alza frente a la Escuela Normal Mixta”. El Hospital Regional Común Andino, “recientemente construido consta de cuatro amplios pabellones, destinados dos de ellos a quirúrgicas y dos a enfermedades internas, además tiene cuatro pabellones auxiliares, que servirán de sala de operaciones, de autopsias, lavaderos, cocinas y demás dependencias”. La luz eléctrica de la ciudad, era suministrada por la Compañía Americana de Luz y Tracción la cual ejercía un verdadero monopolio.

Durante el gobierno de Benjamín Rincón se había obtenido del P.E. Nacional la instalación de una usina hidroeléctrica, que aprovechaba la energía potencial del caudal de agua disponible en el conducto principal situado “en el Alto de Piedras, paraje próximo a las aguas corrientes, en el Barrio Cochangasta”. Otra de las descripciones es la de Alcides Greca, enviado a La Rioja por el presidente Hipólito Yrigoyen en 1928. “Saliendo de la estación en la bocacalle, una fuente abre su gran plato de bronce cubierto de polvo.

Callejuelas largas y estrechas, adoquinado de piedra bola, veredas desiguales en los que apenas caben dos personas, casas bajas, sin sombra de estilo,





semiderruidas, unas de adobe, no pocas, tapias y baldíos. Seis o siete cuadras. Estamos en la plaza. Todo chato y pobre. Un poquito pretencioso el viejo caserón de dos pisos del Hotel Aguila. Algo de color: la recoba del Club Social. Un monumento fuera de ambiente por su factura nuevecita y elegante, la iglesia de San Nicolás. Una lástima: los naranjos todavía pequeños alrededor de la plaza. Como compensación un enorme aguaribay y dos floridos palos borrachos. Kiosco para la banda. San Martín a caballo con el infaltable e infatigable índice hacia los Andes.



Hotel El Águila – frente a Plaza 25 de Mayo, La Rioja, 1920.

Nada de tejas ni de ventanas de ensueño. Ni pizca de colonial. Nuestro vulgo universitario, analfabetismo puro, suele llamar colonial a lo viejo y a lo pobre. Si ello fuese exacto La Rioja sería por los cuatro costados. Dos cosas nos fueron



simpáticas –sigue diciendo Alcides Greca- los chicos y los burritos. Ellos son los grandes obreros de La Rioja. Desde los balcones del hotel veíamos todas las mañanas pasar los burritos cargados con uno o dos chicos y las alforjas. A veces, en lugar de alforjas llevaban dos cajoncitos llenos de verduras o frutas. Los burros con los chicos verduleros y lecheros que recorren las calles. La Municipalidad, además, mediante el salario de un peso por día, los emplea como barrenderos.

Indiscutiblemente que la capital de la provincia, por la bondad de su clima es la unidad ideal de invierno. Su temperatura primaveral sin humedad ambiente, dan a su clima, una benignidad tal que sólo por excepción hay días fríos. Ubicada a una altura de 494 metros sobre el nivel del mar. La edificación conserva todavía en una gran proporción, su aspecto colonial, con sus casonas amplias y sus jardines, con sus huertos poblados de naranjales, lo que le da un profundo espíritu evocativo de la pureza de costumbre y de la moral reinante de los viejos hogares provincianos.

Termina diciendo Alcides Greca: “En la ciudad con perfecta higiene y confort, puede atenderse a cien pasajeros diarios, pues cuenta con cinco hoteles, varias hosterías, pensiones y casas de alojamiento”. En 1928 se edita la primera geografía de la provincia de La Rioja. Melchor Sánchez, autor de esta obra, hace un estudio físico, político y económico completo de toda la provincia. De uno de los capítulos referidos a la ciudad de La Rioja y su municipio hemos extraído excelentes descripciones de plazas, edificios y calles. La capital de la provincia está a 495 metros sobre el nivel del mar y su situación geográfica es de 29° 58” de latitud sud y de 67° 1’ 11” de longitud occidental del Meridiano de Greenwich y 1° 30’ de Córdoba.

El éjido municipal se extiende al norte, sud y este con un radio de 5 kms. desde la Plaza 25 de Mayo y por el oeste llega hasta Los Sauces, comprendiendo dentro de su perímetro: “Los Filtros, El Molino, Cochangasta, Bañado Largo, Padercitas, Puerta de La Quebrada, El Desarenador, La Parrilla, Vargas, Las Chacras, La



Cuadra, El Cementerio, Hospital San Vicente, Aguas Corrientes, Cárcel Penitenciaria, Hospital Regional, Tiro Federal, Campo de Aviación, Canal, etc. Sus calles, casi rectas, están “pavimentadas con canto rodado y cuadriculan las ciento veinte manzanas en que se divide la planta urbana que limitan la Chacra de Vargas, el Canal del Sud y Barrio de Pango, el Boulevard del este y los bordes del río.

La edificación es compacta “nutrida y casi uniforme en gran parte de la ciudad, y está limitada exteriormente por veredas con cordón de granito, pero quedan aún numerosos sitios vacíos y calzadas, calles y aceras que dejan mucho que desear”. Los edificios más importantes de esa época eran la Escuela Normal de Maestros, Colegio Nacional, Banco de la Nación Argentina, Iglesia Matriz San Nicolás, Escuela Castro Barros, Iglesia La Merced, San Francisco, Santo Domingo, Escuela Telechea (ocupada por esos años por el Segundo Batallón del Regimiento 15), Casa de Gobierno, Consejo de Educación, Club Social, Hospital Presidente Plaza, Estación Sanitaria “Pelagio B. Luna”, Estación del Ferrocarril, las capillas del Carmen, Hermanas Esclavas y Corazón de Jesús, Hospital San Vicente, Casa de Justicia, Legislatura, Municipalidad.

El Club Social situado frente a la Plaza 25 de mayo “reúne a los atributos de un adecuado edificio con una magnífica galería con arcada sobre la calle, la sencillez y exquisito gusto del jardín que adorna su parte postrera”. El club consta “de un gran salón de baile, salón de lectura, de audiciones de radio telefonía, de billas, de tertulia, de juego, de administración y otras dependencias”.

El edificio fue cedido al club por disposición de una ley especial de la Legislatura que establece su restitución al Estado en caso de disolución de la institución. Por aquel entonces los tres paseos más importantes de la ciudad eran la Plaza 25 de Mayo, Plaza 9 de Julio y Boulevard Sarmiento. La primera ubicada entre las calles Bartolomé Mitre y Joaquín V. González, Pelagio B. Luna y 25 de Mayo, con “sus rosedales dispuestos con toda estética, formando glorietas de las vías céntricas,



las plantas ornamentales distribuidas en macizos abundante de flores, los grupos de árboles sombrosos entre pequeñas pelusas con surtidores de agua divididas por callejas sinuosas y enarenadas provistas de bancos blancos marmóreos de figura de canapés romanos; todo circunvalado por cuatro amplias avenidas de naranjos, con piso de lajas la del naciente”. En el centro se levanta la estatua del General San Martín rodeando su pedestal postes pétreos ligados por gruesas cadenas.

La Plaza 9 de Julio ubicada entre las calles Rivadavia, Cuyo (actual H. Irigoyen), Dalmacio Vélez y Salta (actual Copiapó). “Su trazado es original, sencillo y de muy buen gusto. Tiene la apariencia de jardines de invierno en excavaciones con gradas en declive que en los bordes superiores contornean graciosos puentecillos y barandas imitando tallos rústicos; en el fondo de las excavaciones se han amontonado convenientemente rocallas que forman un escabelon en el que está un águila que parece posarse con las alas abiertas, de otros montículos surge un chorrillo de agua que riega las plantas de adorno colocadas en los peldaños de los planos laterales.

Entre los jardines excavados y las avenidas centrales, hay macizos con flores o diminutos parterres cubiertos de verde césped, en lo que alternan bosquecillos arbóreos y plantas de hojas perennes y los surcan senderos aplanados con arena y ladrillo molido, en cuyas márgenes se han colocado bancos rústicos y cómodos. Las calles centrales están delineadas con hileras de cocos australianos de hojas palmiformes que dan un magnífico golpe de vista. Las avenidas exteriores son de naranjos y las diagonales de plátanos.

En un rincón del sudoeste hay una pequeña explanada con algunos aparatos de gimnasia para ejercicio y recreo de los niños. Un quiosco estilo japonés, artístico en sus líneas y airosamente instalado entre el follaje, con borduras y plantas de flores multicolores, llena el conjunto armonioso de esta linda plaza. En la



confluencia de las diagonales se ha levantado la estatua del Dr. Pedro Ignacio de Castro Barros”.

El tercero y último de los paseos riojanos de aquella época era el Boulevard Sarmiento, “amplia y espléndida avenida del poniente, por cuyo centro corren las aguas del canal que provee al riego de la ciudad, revestido de piedras polícromas bien dispuestas y emboquilladas con portland y atravesado en cada calle por puentes-alcantarillas de buena apariencia. Está todo arbolado y arreglado con plantabandas de césped, en las que lucen varias plantas”.

La evolución de las afueras de la ciudad es lento, pero van desapareciendo paulatinamente las “rancherías” que le daban la fisonomía de los barrios antiguos, desarticulados, de traza irregular y caprichosa, abigarrados y sucios; y sobre sus minas y sus suelos vienen: el ensanche de la planta urbana, la apertura de calles nuevas y de boulevards, la rectificación de las líneas.

Este desarrollo gradual se ha operado con mayor resultado en los barrios noveles de las estaciones ferroviarias y sanitarias, en Vargas en el Boulevard Sarmiento y en el Canal”. Las casas de comercio, bastante importantes pero no eran grandes almacenes con escaparates de lujo, pero en ellas se encontraba de todo. La ciudad contaba con un buen alumbrado público suministrado por la Usina Eléctrica La Rioja de la Compañía Americana de Luz y Tracción, empresa inaugurada en 1915 por cuenta de la Municipalidad y con garantía de la provincia.

La extensión alumbrada era de aproximadamente 100 manzanas, pero el radio de acción en beneficio del alumbrado particular se extendía desde las quintas, chacras y establecimientos suburbanos. La empresa telefónica se estableció en 1914 y el servicio de agua corriente era bastante completo.

Armando Raúl Bazán hace una somera descripción de lo que ha visto de La Rioja por los años treinta. Cuando el viajero llegaba a la ciudad en tren, la impresión que recibía era muy desfavorable ya que la estación del Central Córdoba “era una



casilla de madera que si se la miraba como tarjeta de presentación inspiraba ganas de seguir de largo”.

El transporte urbano se hacía con coches a caballo, los “mateos” que recorrían las calles del centro empedradas con piedra bola. El pavimento llegaba hasta “tres cuadras de la plaza principal a todos los vientos. Saliendo de ese perímetro las calles eran de tierra”. La ciudad era chata, de calles y veredas angostas y con un solo boulevard abierto a fines del siglo pasado. Las construcciones no eran antiguas, pues el terremoto de 1894 había dejado muy pocas casas en pie, “pero su fábrica de material cocido o adobe era modesto y conservaba un sello tradicional. Un zaguán de acceso –raras veces con puerta cancel-, dos o tres habitaciones sobre la calle, una galería o patio interior a cuyo alrededor se distribuían las demás habitaciones y dependencias. Al fondo una huerta amplia con naranjos y limoneros, alguna viña y varias higueras”.

La iglesia Matriz era el edificio más importante sus “torres y cúpula de estilo bizantino libre dominaban el bajo caserío circundante”. Pero había algunos edificios importantes como la Escuela Normal, Legislatura, el Club Social, la casa del Ex. Gobernador Francisco Vicente Bustos de estilo italianizante y el pequeño castillo de concepción medievalista que el arquitecto Solá levantó para residencia de Joaquín V. González”. Los hoteles más importantes eran el Plaza y el Savoy. El primero de dos plantas, con un patio interior y un parral.

Más adelante Bazán hace una completa descripción de la reducida planta urbana que pasamos a transcribir textualmente: “Hacia el norte apenas cuatro cuadras ceñidas en su perímetro por el zanjón que servía de frontera con las quintas del barrio de Vargas, hacia el este, la ciudad propiamente dicha terminaba en las vías del Central Córdoba. Más allá se estiraba un caserío disperso que tenía por ejes la estación, el hospital Presidente Plaza y el cementerio. Caminando desde la Plaza 25 de Mayo hacia el sur, se recorrían seis cuadras hasta una avenida sin pavimento bordeada por el canal que daba el nombre al barrio. Transponiendo





dicho límite se entraba en el barrio de Pango, más campo que ciudad, donde el espacio estaba cubierto por algunos tambos, pequeñas casas-quintas y ranchos. Ahí funcionaba una escuela Lainez para los niños de la zona. Hacia el poniente en dirección al cerro del Velasco, estaban los mejores edificios y la construcción era más compacta. En torno a la Plaza 9 de Julio, conocida mejor como ‘Plaza Nueva’, se levantaban la Legislatura, el Correo, la casa de dos plantas de la familia Pereyra, la escuela Telechea, utilizado como cuartel para el Regimiento 15 de Infantería. Cerca de la plaza veíanse las casas de los ex gobernadores Bustos y González: la primera convertida en Casino de Oficiales de la Guarnición y a un lado, un inmenso baldío utilizado como plaza de ejercicios. Luego venía el Boulevard Sarmiento, sombreado de terebintos que cubría todo el perímetro occidental de la ciudad. Era escenario obligado de las carreras de bicicletas muy en boga en esos años.

La ciudad se extendía más al oeste en una suerte de cuña o espigón recortado por el Tajamar, construido a fines del siglo para drenar las crecientes. La arteria principal era la avenida Castro Barros, que desembocaba en las lomas de Cochangasta. De las quintas existentes en este paraje venían cotidianamente las negras verduleras con sus burritos para vender mercadería. En la estación de verano traían uva blanca y de la otra, brevas y sandías. Asimismo, circulaban por las calles vendedores ambulantes de leña transportados en burros y en carros”.

Por último Bazán hace una breve reseña de La Rioja del presente, que en el medio siglo transcurrido “la fisonomía del paisaje cultural ha cambiado notablemente”. La iniciativa oficial y privada “incorporaron a la provincia los beneficios del progreso y la técnica en sus más variadas manifestaciones”. La Rioja de hoy está unida por rutas a todas las provincias que la circundan, como así también con los pueblos y ciudades del interior de la provincia. “El transporte automotor desplazó al ferrocarril, antaño símbolo del progreso, y también se cuenta con las ventajas del tráfico aéreo.



Por las calles donde antes transitaban coches a caballo, burritos y carros, circulan automóviles y motocicletas regulados en su desplazamiento por una red de semáforos. Donde antes había quintas y tambos se levantan modernos barrios de cuyos techos emerge el geométrico diseño de las antenas de televisión. Borrados por el progreso desaparecieron las verduleras cochangasteñas y los leñateros campesinos. Confortables hoteles y edificios de varias plantas confieren a la ciudad una fisonomía moderna, aunque la cúpula de la Iglesia Catedral continúa señoreando la topografía urbana”.

### **Bibliografía consultada**

Aceñolaza, Florencio Gilberto. Terremoto en La Rioja. En Todo es Historia. Buenos Aires, año V, N° 58, 1972, pp. 32-42.

Acevedo, Eberto Oscar. La Rioja hace dos siglos. En Investigaciones y Ensayos, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, N° 5, 1968, pp. 191-213.

Bazán, Armando Raúl. La Rioja en la época del gobernador Sobremonte (1783-1797). En Investigaciones y Ensayos, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, N° 14, 1973, pp. 213-246.

----- Historia de La Rioja. Buenos Aires, Plus Ultra, 1979.

Bravo Tedín, Miguel. Historia del agua. La Rioja, s.f.

Carrizo, Juan Alfonso. Cancionero popular de La Rioja, Buenos Aires, Tomo I, 1942.

De la Colina, Salvador. Crónicas riojanas y catamarqueñas. Buenos Aires, 1920.

De la Fuente, Francisco Efraín. La fundación de La Rioja. En Manual de Historia y Geografía de La Rioja. La Rioja, Tomo I, 1969, pp. 13-69.

De Quiros, Carlos Bernaldo. El Valle Inmóvil. La Rioja, 1922.





Documentos del Archivo de Indias para la Historia del Tucumán. Tolosa, Tomo II, Siglo XVIII, 1927, pp. 39-46.

Documentos del Archivo de Indias para la Historia del Tucumán. Tolosa, Tomo II, Siglo XVIII, 1927, pp. 48-68.

Estevez, Carmen Nidia. Un inglés en Famatina, en tiempos de Rivadavia. En *Todo es Historia*, Buenos Aires, Año I, N° 3, julio, 1967, pp. 21-29.

Lozano, Pedro. Historia de la conquista del Paraguay, Río de La Plata y Tucumán. Buenos Aires, Tomo I, 1873.

Luna, Félix. Una desconocida descripción de La Rioja colonial. En *Revista de la Junta de Historia y Letras de La Rioja*. La Rioja, Año III, N° 1, 1944, pp. 109-111.

Sánchez, Melchor B. La provincia de La Rioja. Estudio físico, político y económico. Buenos Aires, 1928.